

No con palabras sino con hechos se sofocó el incendio que produjo la indignación causada por la arbitraria marcha al través de Ansbach. En 10 de octubre manifestó Metternich (1) que Hardenberg le había notificado «confidencialmente» que el rey se había pasado con todas sus fuerzas á los aliados; pero esto, como muy pronto se vió, era ó una mala inteligencia de Metternich ó una gran exageración de Hardenberg. En el Consejo de Estado celebrado el 9 de octubre se habían adoptado algunas medidas militares y se había acordado, no la guerra, sino simplemente una mediación armada (2), y aun ni ésta se quiso cuando en 15 de octubre se supo por conductos bávaros y franceses que Mack había sido completamente cercado en Ulm, y el 16 se tuvo noticia de una terrible derrota sufrida por los austriacos en Wertingen, donde cayeron en poder del enemigo 12 batallones de granaderos con toda la artillería y banderas (3). El lenguaje de Hardenberg varió entonces de una manera que indignó á Metternich. Aquel ministro, poco antes tan belicoso, negaba entonces que el rey hubiese dicho que consideraría como una declaración de guerra toda violación de su territorio. La marcha de los rusos quedó en suspenso, pero Duroc y Laforest declararon que Napoleón no la vería con malos ojos. El monarca no asistió á la entrevista á que tantas veces le había invitado el emperador de Rusia, el cual tuvo por fin que dirigirse personalmente á Potsdam, siendo la primera novedad que allí le sorprendió, en 25 de octubre, la noticia de haber sido hecho prisionero en Ulm el ejército de Mack.

Después del banquete que en honor suyo se dió en el palacio de Berlín, y que fué servido en vajilla de oro, el emperador se hizo presentar al conde Metternich y le dijo, después de haberle manifestado que le conocía perfectamente por sus obras: «Vos también conocéis á fondo mi manera de pensar; podemos, pues, tratarnos como antiguos conocidos. — Señor, — contestó Metternich, — por virtud de la mas magnánima y feliz de las resoluciones se encuentra V. M. en el teatro de nuestros largos é infructíferos esfuerzos: lo que nosotros no hemos podido conseguir estaba reservado al salvador de Europa, y V. M. coronará una obra digna de tan eminente negociador. — Así será, — repuso el emperador; — por lo menos, estoy decidido á no partir hasta que se hayan disipado todas nuestras dudas y ahora estoy, lo confieso, mas contento de lo que yo mismo había esperado. Habeis conducido perfectamente la nave; no falta mas que empujarla un poco para que esté á flote. He encontrado muy buenas disposiciones: Mollendorff tiene excelente criterio; el mismo Haugwitz se me ha manifestado en extremo cordial y está encantado de vuestro emperador. A la reina, especialmente, la he visto mas animada de lo que yo creía: solo queda el diablo de Kockeritz. Pero todo se andará: todos convienen en vuestra idea de mediación, ya lo veremos. Esta mediación no puede ser mas que un ultimatum que de fijo no aceptará Bonaparte, y obtendremos una contestación insolente antes de las tres semanas que se necesitan para tener aquí dispuestos todos vuestros ejércitos (4).»

El tratado (5) que en 3 de noviembre de 1805 firmaron en Potsdam los plenipotenciarios de Prusia (Hardenberg y Haugwitz), de Austria (Metternich) y de Rusia (Czartoryski, Alopens y Dolgoruki) decia en su artículo 1.º: «S. M. el rey de Prusia acepta la mediación entre las potencias beligerantes, pero esta mediación debe ser armada y su resultado ha

(1) *Papeles de Metternich*, tomo I, págs. 2 y 57.

(2) Hardenberg: *Memorias*, tomo II, págs. 275-278.

(3) *Memorias de Metternich de 15 y 16 de octubre*.

(4) Metternich á Colloredo, 29 de octubre de 1805. *Austria y Prusia*, tomo II, pág. 583.

(5) Hardenberg: *Memorias*, tomo II, pág. 324.

de ser ó el inmediato restablecimiento de la paz continental, hecha sobre las bases que á continuación se expresan, ó la cooperación activa de Prusia en la guerra de los aliados contra Francia.»

En el artículo 2.º se desenvolvía el programa de la paz que Prusia, inmediatamente después de firmado el tratado (artículo 3.º), debía proponer por medio de una persona de confianza enviada al cuartel general francés. Pedíase en él el restablecimiento del rey de Cerdeña en su trono y la indemnización de los perjuicios que se le hubiesen causado; la independencia de Nápoles, Holanda, Alemania y Suiza, y para el Austria en Italia el Mincio y el Po, con Mantua y Polesina di Rovigo por fronteras. Mientras duraran las negociaciones (artículo 7.º) los ejércitos prusianos debían marchar hacia los puntos donde en el caso de un rompimiento habían de operar, y las negociaciones debían ser llevadas de manera que pudiesen terminarse en cuatro semanas á contar desde el día de la partida del negociador, que debía ponerse inmediatamente en camino. Para los 180,000 hombres del ejército prusiano y para los cuerpos especiales de hesseses y sajones, Inglaterra debía pagar subsidios en la misma proporción que los satisfacía á Rusia y al Austria. Al firmarse la paz debía obtener Prusia una frontera mejor y mas segura de la que hasta entonces había tenido, y el emperador Alejandro se obligaba á inducir á Inglaterra á que renunciara al Hannover en favor de Prusia. A la noche siguiente de firmarse el tratado, el emperador Alejandro se dirigió, acompañado de Federico Guillermo y de la reina Luisa, á la iglesia de la Guarnición, de Potsdam, y se hizo conducir á la cripta donde se encuentra el sepulcro de Federico el Grande, al lado del de Federico Guillermo, besó el sarcófago del primero y, «después de haber lanzado una última mirada sobre el altar,» se despidió de sus majestades (6).

En los debates militares que muy pronto siguieron á este tratado, presentó el duque de Brunswick, en 5 de noviembre, una memoria (7) en la cual, entre otras cosas, decia: «Si es preciso turbar la paz, será de desear que se espere al 15 de diciembre, fecha en que es de creer que esté dispuesto en los puntos ofensivos y defensivos todo aquello que se crea necesario.» Por esto y teniendo en cuenta que era muy difícil que con un hombre como Napoleón las negociaciones duraran mucho tiempo, se pedía que se aplazaran algun tanto bajo diversos pretextos. Conforme con esta opinión procedió Haugwitz, quien, contra lo que prevenía el tratado, pero con la venia del rey y sin oposición de Hardenberg, aplazó su partida mas de una semana.

En el documento en que él mismo consignó las indicaciones para su viaje (8), partía del punto de vista del duque de Brunswick, es decir, de que por razones militares debía evitarse que se rompieran las hostilidades antes del 15 de diciembre, y hacia los siguientes cálculos: «Saliendo el 13 y empleando doce días en el viaje, llegaré el 25 á donde está Napoleón: una vez avistado con éste, será difícil conseguir ningun aplazamiento, así es que solo pongo cuatro días para las negociaciones. Si rechaza la petición, no queda mas remedio para evitar un inmediato rompimiento que oír las explicaciones que él diere y ponerlas en conocimiento del rey. En este caso, y contando que emplearé diez días en el viaje, habré regresado el 9 de diciembre, y si las cosas pueden marchar así, tendremos como consecuencia la doble ventaja de que Napoleón no conocerá la resolución del rey favorable á la guerra hasta después del 15 de diciembre, al paso que el rey sabrá que es inevitable antes del día 10.»

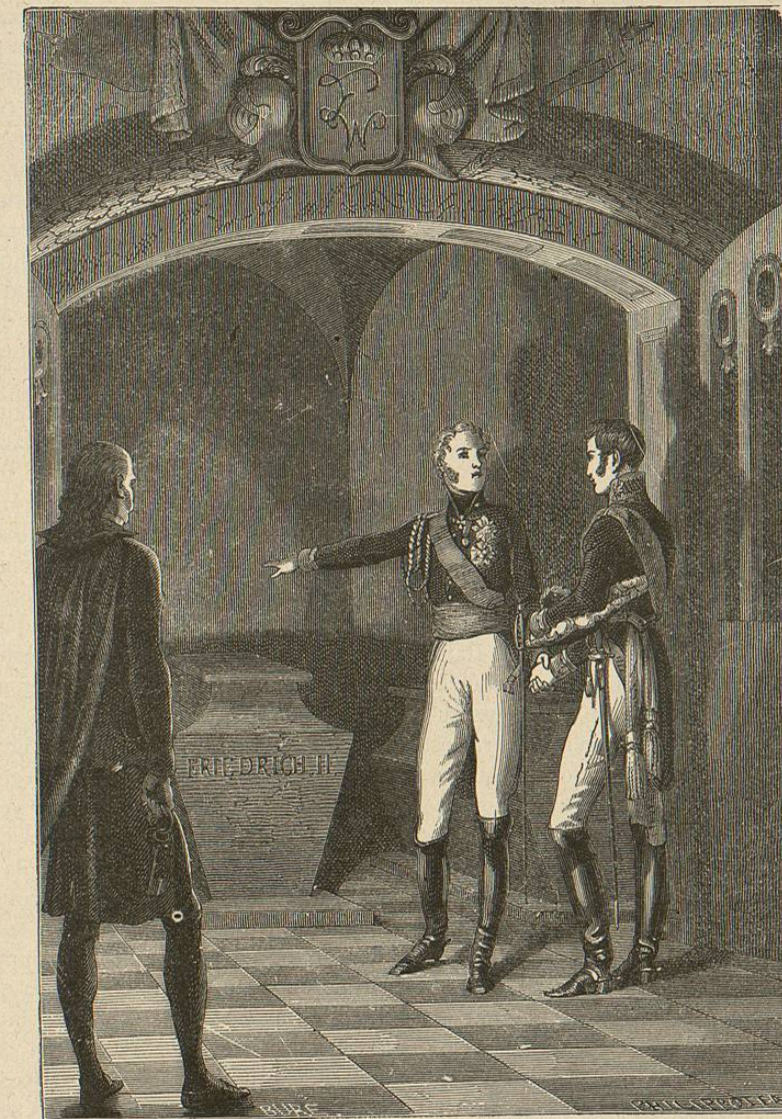
(6) Hauser, tomo II, pág. 617.

(7) Hardenberg: *Memorias*, tomo II, págs. 336-337.

(8) Hardenberg: *Memorias*, tomo V, págs. 185-189.

Haugwitz emprendió su viaje el día 14 de noviembre, es decir, cuando ya Napoleón había entrado en Viena, obligando al emperador Francisco, á la corte y al ejército á huir hacia Moravia. Lo que allí aconteció lo supo el rey de Prusia el día 23 del propio mes por una carta que el emperador Alejandro le dirigió el 19 desde Olmutz y en la cual le decia: «Nuestra situación es mas que crítica: estamos solos contra los franceses y éstos nos amenazan continuamente. Hoy el cuartel general está en Olmutz, que ni tiene provisiones

ni se encuentra en estado de defensa. El ejército austriaco puede decirse que no existe. Los nuestros pelean con un valor verdaderamente admirable, y en Krems, Mortier ha sido por completo derrotado. Se dice, además, que se ha quedado en el camino; pero esto de nada nos sirve, porque la superioridad de los franceses sobre nosotros es demasiado grande. Si vuestros ejércitos se ponen en movimiento, cambiará la situación y los míos podrán emprender de nuevo el ataque (1).»



El emperador de Rusia Alejandro I y el rey de Prusia Federico Guillermo III ante la tumba de Federico el Grande.

### CAPÍTULO III

#### AUSTERLITZ, SCHENBRUNN, PRESBURGO

Las medidas que para la guerra había adoptado el gabinete de Rusia estaban tan exclusivamente calculadas sobre el supuesto de que Prusia tomaría parte en la guerra, que cuando, contra lo que era de esperar, esta potencia se negó á intervenir en ella, se introdujo el mayor desorden en todo el organismo de la dirección del ejército ruso.

Para la guerra contra Francia, único objeto á la sazón de la actividad de todos los ejércitos rusos, solo había sido destinado uno de ellos, y aun éste no había intervenido oportunamente en la lucha. Cuando en 16 de julio de 1805 el edecán y confidente del emperador Alejandro, Winzingerode, discutió verbalmente con el general Mack el plan de

campaña, convino en que para el primer ejército ruso no eran suficientes 50,000 hombres, y fué harto complaciente para asegurar que no dudaba de que el emperador se dejaría convencer de la necesidad de aumentar este primer cuerpo hasta 54,918 hombres y 7,926 caballos. Acordóse, además, que la primera columna de este primer ejército ruso pasaría en 16 de agosto las fronteras austriacas y llegaría á Brody. Acerca de la línea que seguiría el segundo ejército ruso nada se determinó, y únicamente Winzingerode opinó que el emperador no tendría inconveniente alguno en que aquel ejército llegara el 20 de agosto. El edecán no tenía plenos poderes para fijar de un modo obligatorio el momento en que se reunirían y se pondrían en marcha los rusos, y cuando regresó á San Petersburgo quedaron en esta corte

(1) Hardenberg: *Memorias*, tomo II, págs. 347-348.

muy admirados de la precipitación con que los austriacos se habían obligado a llevar a cabo el rompimiento sin tener la menor seguridad de la oportuna cooperación de Rusia. En 11 de agosto de 1805 escribía el conde de Stadion a Viena sobre este particular: «Aquí no se había acordado en manera alguna el momento tan próximo por nosotros establecido para la ejecución de las medidas en comun adoptadas, y se ha trabajado mucho para prorrogar el plazo aceptado por Winzingerode; sin éste y sin el mucho celo por él desplegado, no hubiéramos conseguido nuestro objeto (1).»

También en Viena tuvieron funestas consecuencias las esperanzas que se habían fundado en Prusia. El plan de guerra austriaco que el general Winzingerode había llevado a San Petersburgo (2) no fijaba nada sobre el modo de operar en comun las tropas de ambas cortes imperiales, si unidas bajo la misma bandera ó en forma de marchas convenidas. Esta omisión no era casual, sino que estaba justificada por la decisión que todavía se notaba en la actitud de Prusia. «Es de creer — se decía — que Austria se verá atacada por Francia antes de que los rusos lleguen a Alemania. Después de esto, la combinación de las operaciones dependerá de la resolución que adopte Prusia; y (gracias a las prudentes medidas del emperador Alejandro) pronto sabremos con seguridad hasta qué punto podemos contar ó no con la cooperación de la corte prusiana, con su neutralidad, ó con su negativa a aceptar nuestras proposiciones. Hecho esto, podremos, correspondiendo a la petición de la corte imperial de Rusia, hacer a ésta proposiciones sobre su cooperación al objeto comun y general. Por de pronto, podemos hacer notar que la línea de operaciones de Italia es la más apartada; que en ella es donde con más energía debe inaugurarse la campaña; que por lo mismo la corte de Viena se propone enviar a Italia un gran ejército para poder operar rápidamente en aquella línea; y que en su consecuencia la marcha de las tropas rusas y su llegada al punto en que se encuentren los austriacos serían imposibles en medio de los movimientos de guerra que se efectuarían en Italia. En cuanto conociéramos con seguridad el paso que vuestra imperial majestad ha dado cerca de la corte de Berlín, acabaremos de notificar lo que aun falta decir respecto del objeto de las discusiones aquí entabladas y del plan de operaciones que las dos cortes deben seguir en Alemania.» Estos párrafos nos demuestran lo desastrosa que era en Austria la dirección de la guerra. Mientras en San Petersburgo solo se pensaba en la guerra con Prusia, en Viena solo se cuidaban de la guerra en Italia. ¿Cómo, dónde y por quién debía hacerse la guerra por Alemania y en Alemania, que era al propio tiempo la lucha del ser y del no ser para el Austria? Sobre estos varios puntos reinaron el silencio y la oscuridad hasta que Prusia hubo hecho sus declaraciones. Únicamente se consideraba cierto que los rusos no podían llegar a tiempo si los austriacos comenzaban solos la guerra contra Francia, y se tenía por inseguro que su entrada en Prusia produjera algún resultado.

Se necesitaba una carencia sin igual de talento estratégico para lanzarse tan ciegamente a una gran guerra; y cuando esta ignorancia se manifestaba precisamente en los que ocupaban el primer puesto, podían considerarse inútiles todas las advertencias y observaciones de un diplomático. Pero también era evidente que alcanzaba su parte de responsabilidad a una diplomacia que creía conseguir por la violencia

(1) Wertheimer, págs. 263-264.

(2) *Plan of operations proposed by the Court of Vienna*, en Cobbet. *Parliamentary Debates*, vol. VI, Londres, 1806, anexo al *Parliamentary papers*, XLI-XLVIII. Idem LI. *Extract of the Protocol of Conferences between the Austrian Generals and the Aide-de-Camp General Baron de Winzingerode*.

la cooperación de Prusia y contaba con el poder fascinador que en el rey Federico Guillermo había de ejercer el emperador Alejandro. En este sentido procedió precisamente uno y otro año el conde Metternich, que se hacía menos ilusiones que muchos otros sobre las fuerzas de que disponía el Estado prusiano. El hecho de que no sacara de las premisas sentadas en su memoria de 24 de setiembre de 1804 las consecuencias que de él hubiéramos podido esperar, se debe a que también él quería la guerra a toda costa, tanto como su cómplice en San Petersburgo, el conde Stadion. Esta guerra, aun en un caso desgraciado, le parecía quizás como el bautismo de fuego de una alianza de las potencias, a la cual, con el tiempo, no podría resistir el coloso francés. El y toda su generación estaban en los comienzos de la terrible escuela de las derrotas, a ellos mismos imputables, en las cuales la Europa aprendió a abandonar una falsa estrategia y a sorprender los secretos de las victorias de Napoleón. Aquel diplomático oía con verdadera veneración a los estratégicos desenvolver planes de guerra que hoy parecerían pueriles y absurdos al más profano, y sobre todo creía todavía en Rusia y en el noble y probado ardor de su joven emperador, que tantos y tan dolorosos desencantos le tenían reservados.

El primer ejército ruso que a las órdenes del general Kutusoff se unió a los austriacos, ni tenía el número de hombres que Winzingerode había señalado como probable, ni siquiera el que había sido ofrecido formalmente al emperador. En efecto, no contaba 54,000 ni 50,000 hombres, sino únicamente 46,000, y apenas se habían puesto en marcha las seis columnas que lo componían cuando llegó la orden de que la última de ellas — 8,000 hombres — se dirigiera a Polonia, en atención a los armamentos que al parecer hacia Turquía. El gabinete de Viena protestó naturalmente contra esta disminución de fuerzas del ejército auxiliar y sus protestas obtuvieron éxito, a pesar de la opinión de Kutusoff, el cual creía que más que el número importaba el valor de las tropas (3). A fines de setiembre llegó Kutusoff a Braunau, a orillas del Inn, después de haber recibido, durante su estancia en Viena, las más agradables noticias acerca de la situación de Mack. «Nunca, — escribía al emperador, — se ha encontrado al ejército en mejores condiciones para asegurar su superioridad sobre el enemigo y solo siento que el emperador no pueda ser testigo del triunfo de sus tropas (4).» Esto no obstante, la primera noticia que recibió, en 8 de octubre, del mismo Mack (5), entre multitud de frases llenas de esperanza, revelaba la extraña creencia de que toda unión de los rusos con los austriacos, que se encontraban junto al Iller, era imposible. De las seis columnas que constituían su ejército, Kutusoff solo había reunido en el Inn cinco, que en junto constaban de 32,000 hombres, pues había que descontar 6,000 enfermos que se habían ido quedando por el camino. Este contingente se vio inesperadamente reforzado con los 18,000 hombres del general Kienmayer, el cual viendo cortado el paso a Donauworth había creído que lo más conveniente era dirigirse hacia el Inn para unirse allí con los rusos. La noticia de la catástrofe del 20 de octubre fué llevada por el mismo general Mack, que el día 23 pasó por Braunau en dirección a Viena. Kutusoff mostró una gran tranquilidad en medio de la desolación que le rodeaba. Un ruso que merece entero crédito dice: «Su cuartel general de Braunau era el centro de los placeres y recordaba el famoso regimiento de Catalina II, pues todo llevaba impre-

(3) Mikhailovski-Danilevski, pág. 50.

(4) Relación de Rasumowski, de 8 de octubre. Mikhailovski-Danilevski, pág. 55.

(5) Por la relación antes mencionada de Gunzburg, del día 8 de octubre.

so el sello de la grandeza: el general era como el último representante de aquel glorioso regimiento, y su ejército, inflamado por el recuerdo de las victorias seis años antes obtenidas en Italia sobre los franceses, no podía contener su impaciencia por luchar con Napoleón (1).» Después del tiempo que de un modo imperdonable se había perdido en los pasos dados cerca de Prusia, no faltaba otra cosa para completar la catástrofe sino dejarse dominar por la «impaciencia.» No fué, sin embargo, Kutusoff el que se mostró impaciente; por el contrario, la prudencia con que, entre continuos combates con fuerzas enemigas superiores, efectuó su retirada desde Braunau por Lambach, Wels, Steyer, Amstetten y Molk hacia San Polten sin haber sufrido una sola derrota fué tan honrosa para él como la energía con que atravesó el Danubio, cercó, en 11 de noviembre, en Krems, al cuerpo de ejército de Mortier, le arrojó, después de un sangriento combate, hacia el Danubio, y le obligó a retroceder hasta la orilla derecha de este río, de suerte que no pudo ya proseguir su marcha hacia Znaim.

Muy distinta fué la conducta del emperador Alejandro, ó por mejor decir, de su cuartel general, en donde su presencia había establecido el orden más severo.

El emperador Alejandro se encontraba en el magnífico castillo que Czartoryski poseía en Pulawy cuando su ayudante, el príncipe Dolgoruki, en unión del embajador Alopens, dieron en 6 de octubre en Potsdam el último asalto a la neutralidad del rey de Prusia. Todo su séquito militar estaba indignado por la contraorden que había suspendido por el momento la marcha sobre Prusia, y que quizás la había aplazado indefinidamente. Czartoryski, Winzingerode y Nowosiltzoff se arrojaron a los pies del emperador para rogarle que volviera a su primer acuerdo, lo cual era tanto más posible cuanto que en aquellos días decía él precisamente al general austriaco Stutterheim: «Me deshonraría si ahora retrocediera. Si puedo devolverle la Silesia, contad conmigo. Tengo que ir adelante y hacer flautas de cualquier madera. Sublevaremos a Polonia contra Prusia (2).»

Nadie sintió más que Czartoryski el cambio que, bajo la influencia del mismo Napoleón, se había operado en la actitud de Prusia. Czartoryski comprendió, desde que salió de Pulawy, que su influjo menguaba de día en día hasta desaparecer por completo en Berlín, y entonces se firmó aquel «funesto tratado de Potsdam,» acerca del cual escribía posteriormente al emperador «que lamentaría eternamente que el encadenamiento de las circunstancias le hubiese obligado a poner su firma al pie del mismo (3).»

El día 20 de noviembre entró Napoleón en Brunn y en el mismo día se unió Kutusoff con la vanguardia del cuerpo de ejército de Buxhowden, que con 26,828 hombres se había situado en Olmutz y en sus alrededores. En esta ciudad se reunieron el día 22 del propio mes Kutusoff, el emperador Alejandro y el emperador Francisco, recibiendo el primero el mando en jefe de las tropas rusas y austriacas unidas en Moravia, mientras el general Weyrother era nombrado cuar-

(1) Mikhailovski-Danilevski, pág. 85.

(2) Relación de Stutterheim, de 4 de octubre de 1805, en Wertheimer, pág. 275. En 2 de octubre había hecho escribir Alejandro a Rasumowski, que se encontraba en Viena, por conducto de Czartoryski: «El emperador Alejandro comprende todos los inconvenientes que en este momento son de temer de una guerra contra Prusia: pero ante todo hay que dar satisfacción al honor: perderíamos una gran parte de nuestras fuerzas morales, si de tal manera lo comprometieramos desde los primeros días de la campaña. Es preciso evitar que la Europa pueda decir: el emperador de Rusia ha hecho avanzar a un ejército, se ha puesto personalmente al frente de sus tropas y ha acabado por retroceder ante la voluntad del rey de Prusia.» Danilevski, págs. 93-94.

(3) *Alexandre I et le prince Czartoryski*, pág. 38.

tel-maestre general, ó sea jefe de Estado Mayor. El día 24 llegó a Olmutz la guardia imperial, compuesta de 8,500 hombres y mandada por el czarewitz, gran duque Constantino, y la marcha de estas brillantes tropas de parada hizo pasar repentinamente al emperador Alejandro del temor más profundo (4) a la altivez más extraordinaria.

«En una misma mañana — escribía después Czartoryski, — el exceso de abatimiento fué reemplazado por un exceso de confianza. Durante este tiempo, solo se clamaba contra el hambre y se hacía burla de los austriacos. Hubiera sido más prudente y más noble aumentar el valor de éstos por medio de una reflexión moderada y verdadera, en vez de humillarlos y exasperarlos haciéndoles sentir nuestra superioridad y lanzándoles epigramas harto públicos y repetidos para que no llegaran a sus oídos, con lo cual se consiguió que los militares de los dos ejércitos aliados se odiaran más de lo que unos y otros odiaban a los mismos franceses.»

Czartoryski cree que lo mejor que hubiera podido hacer el emperador habría sido no presentarse en el ejército y salir cuanto antes de Olmutz: decía que siempre había dado pruebas de su valor en parajes inoportunos y que con su deseo de estar a cada momento en las avanzadas y al frente de las columnas había estorbado a los generales, les había hecho incurrir en errores y había sido sobre todo causa de la mayor desgracia, no dejando hacer al general en jefe, Kutusoff, lo que este experto militar podía con razón pretender. «Si el general Kutusoff hubiese podido obrar con entera libertad se hubiera guardado muy bien de dar una esfera de acción demasiado vasta al jefe de Estado Mayor Weyrother y hubiera querido mandar personalmente el ejército que le había sido confiado. Su carácter previsor por naturaleza le hubiera inducido a contemporizar y a evitar una acción decisiva, lo cual, por de pronto, mientras no se obtuviera la cooperación de Prusia, constituía el único plan de campaña admisible. Esta era también la opinión que el mismo general Kutusoff dió a conocer. Bonaparte tenía interés en no perder ni un momento y a nosotros nos interesaba, por el contrario, ganar tiempo: Bonaparte tenía motivos sobrados para intentar un golpe decisivo, nosotros los teníamos para evitarlo. Vuestra imperial majestad tendrá a bien recordar que yo mismo le hice entonces repetidas observaciones, como todos aquellos a quienes se dignó escuchar. Era preciso fatigar al enemigo con combates parciales, teniendo al grueso del ejército fuera del alcance de los proyectiles, conquistar la Hungría y ponerse en comunicación con el archiduque Carlos (5).»

Este llegó de Italia con 80,000 hombres y pudo, a mediados de diciembre, operar contra el flanco derecho de Napoleón; Prusia había manifestado que el 15 de diciembre su ejército emprendería la marcha para operar contra la retaguardia francesa, y de todo ello se tenía exacto conocimiento en el cuartel imperial de Olmutz (6). Las noticias procedentes de Berlín eran tan importantes como satisfactorias. Alopens refería que la guardia real estaba entusiasmada y ardía en deseos de pelear con los franceses, y que todo el ejército se sentía animado del mejor espíritu, y añadía que el mismo rey, siguiendo el ejemplo de sus antepasados, quería ponerse personalmente al frente de sus tropas: su ala derecha estaba mandada por el duque reinante de Brunswick, el ala izquierda por el príncipe Hohenlohe y la reserva por el mariscal Mollendorf. La marcha debía efectuarse por Baireuth

(4) Véase la carta del emperador, de 19 de noviembre de 1805, página 193.

(5) *Alexandre I et le prince Czartoryski*, pág. 48.

(6) Danilevski, págs. 201-202. Véase M. Duncker: *Las memorias del canciller de Estado F. Hardenberg*, en el Anuario prusiano, páginas 39 y 619.